

BIBLIOGRAFIA

En la obra, Pieper expone, y magníficamente para un lector atento, qué se debe entender por mito, cuáles son los mitos platónicos y de qué características están rodeados. Pero el punto más importante, y que se aprecia responde a la intención del autor, es mostrar la verdad encerrada en los mitos como verdad cierta —que si precisa mitificarse es porque «se desarrolla en el límite entre lo divino y lo humano» (p. 75)—, y verdad de la que Platón estaba seguro: «mi tesis es ésta: Platón ha considerado como verdad intangible el contenido de los mitos» (p. 53). Desde esta perspectiva Pieper descalifica, congruentemente, el punto de vista —cuyo máximo exponente es para él Hegel— según el cual el mito es una fabulación fantástica que queda fuera de la afirmación científica. Pieper, en contra, sugiere «una tercera realidad que no sea ni una cosa ni la otra, como es por ejemplo el mito» (p. 41). La cuestión en modo alguno es baladí; máxime si se atiende a que el autor acude con frecuencia a los relatos bíblicos y a la fe cristiana como parámetros que ayuden a sostener su tesis: algo superracional que hay que expresar simbólicamente, pero con cierto sentido verdadero.

JUAN GARCÍA GONZÁLEZ

RASSAM, Joseph, *Le silence comme introduction à la métaphysique*, Publications de l'Université de Toulouse-Le Mirail, 1980, 146 págs.

El 11 de noviembre de 1977 mo-

ría Joseph Rassam (profesor de Filosofía en los Liceos de Tarbes y Toulouse) a la edad de sesenta años.

Este trabajo inédito constituyó el núcleo de su tesis doctoral, defendida en 1962 y se suma a sus múltiples publicaciones en revistas como los «Archives de Philosophie» y «Revue Thomiste», constituyendo una valiosa aportación al realismo metafísico.

«Si el discurso metafísico tiene una consistencia distinta de la meramente verbal, no puede ser más que por su fidelidad a ese discurso sin palabras que la presencia de las cosas y de los seres comunica al espíritu» (143). En este sentido considera el autor que el silencio es una introducción a la metafísica: la consistencia ontológica del discurso filosófico ha de venirle dada por su relación con la verdad. La verdad se presenta al espíritu y éste acoge su presencia por medio del acto de silencio.

El profesor Rassam desarrolla esta tesis en seis capítulos en los que pone en relación con el silencio respectivamente la palabra, la metafísica, la existencia, la nada, la trascendencia y el diálogo.

En el apartado dedicado a la palabra, Rassam critica la tendencia contemporánea de reducir el pensamiento al lenguaje, reducción que conduce a identificar el silencio con aquello que no puede concebirse, con lo no inteligible. El silencio a que se refiere Joseph Rassam es un silencio interior a la palabra, que la informa y da sentido, porque, dice, «un discurso instruye sólo porque ayuda a encontrar un conocimiento que él no procura, sino que invita a redescubrir» (17).

BIBLIOGRAFIA

El lenguaje no «hace» la verdad sino que la acoge para después comunicarla. El acto por el que se acoge la verdad es el silencio.

En el segundo capítulo: «El silencio y la metafísica», el autor traza una visión crítica del idealismo de Kant y Hegel y del pensamiento de Merleau-Ponty que, en su opinión, no han dado la suficiente importancia al silencio: los primeros por establecer el primado del pensamiento sobre el ser, y el segundo por reducir las cosas a su apariencia inmediata.

Así el silencio vendría a constituir los límites de la filosofía y a la vez su apertura, apertura que comienza siendo un don para asumir la presencia del ser, y que culmina al término del discurso filosófico con la adoración de la trascendencia que escapa ya a la competencia de la filosofía (50).

En el tercer capítulo, «El silencio y la existencia», se recoge la argumentación contra el idealismo iniciada en el capítulo anterior: si la consistencia le viene dada al discurso filosófico por un acto anterior (el acto de silencio que viene a ser el punto de referencia del espíritu al ser), entonces el intento idealista de determinar *a priori* las condiciones del conocimiento del ser resulta contradictorio. Establecer la objetividad de lo real en función de los requisitos de la coherencia del pensamiento supone identificar lo real con lo ideal. Tal es, según Joseph Rassam, la contradicción del idealismo, contradicción que él pretende superar proponiendo una recuperación del ser a través del acto de silencio: «El silencio se convierte en un principio de recuperación, porque en él descubrimos junto

con nuestra propia interioridad, la interioridad de todas las cosas al ser» (64).

En el capítulo dedicado a la nada, el autor pone de manifiesto la prioridad absoluta de la afirmación respecto de la negación: «Sólo la afirmación puede ser un acto completo del espíritu porque sólo ella puede tener un alcance ontológico» (80). La negación, dice, siempre es relativa a una afirmación. La negación no puede bastarse a sí misma porque no apunta directamente a las cosas; su función es la de corregir los errores, pero no puede constituir un principio. Sólo prescindiendo de la actualidad, es decir, atendiendo exclusivamente a la propiedad formal de los enunciados, a su calidad de juicios, se puede negar la subordinación de la negación respecto de la afirmación.

Joseph Rassam parte de este punto para criticar la postura de Heidegger y en general cualquier doctrina que introduzca la nada como medio de acceso al ser.

En el capítulo quinto: «El silencio y la Trascendencia», se pone en relación el acto de silencio, es decir, aquel acto que acoge al ser como plenitud y como perfección, con la posibilidad de hablar con sentido de la Trascendencia. Por medio del acto de silencio, que establece una relación entre el pensamiento y la actualidad de las cosas, se pone de manifiesto la dependencia radical de los seres relativos al Ser absoluto. Si no se capta el ser como un don, captación que constituye la base de la adoración propia del espíritu de oración, el ser se identifica con lo impensable. «La actualidad metafísica de lo real se pierde en cuan-

BIBLIOGRAFIA

to se exige para alcanzarla que se presente como un objeto de ciencia. Entonces del ser no podemos ya decir nada, sino que no es un objeto» (93).

Por último, el capítulo dedicado al diálogo relaciona silencio y comunicación: «Las virtudes que desarrolla la disciplina del silencio (la modestia, el pudor, el tacto, la discreción) no son solamente cualidades de la vida interior, sino también condiciones de una mayor delicadeza en el comercio de las conciencias» (123). En el acto de silencio el «yo» toma con-

ciencia del misterio de su alma, y descubre que lo que hay de más íntimo en él es más que él mismo; descubre su relación con Dios. Por el acto de silencio todas las conciencias se aúnan descubriendo su mutua participación en el ser. Esta es, según Joseph Rassam, la base misma de la comunicación.

En fin, un bello libro que «da mucho que pensar» a todo el que con espíritu sereno se acerque a los grandes problemas de la metafísica.

M.^a DOLORES BASTERRECHEA

